

En búsqueda de liberación

*Danielle Strickland**

En cuanto se graduaron en Derecho en 1975, mis futuros padres se mudaron a una ciudad pintoresca cerca del Sendero de los Apalaches en el sureste de los Estados Unidos para empezar sus carreras y una familia. En 1979 nació mi hermana, Carolina¹ y el siguiente año llegué yo. A lo largo de nuestra infancia, el éxito académico de mi hermana, sus habilidades artísticas y sus conocimientos de las modas del momento siempre rebasaban los míos. Tenía muchos admiradores, pero nadie la estimaba tanto como yo.

En 1988 salimos del país por primera vez en una vacación familiar a Cancún, México. Dos cosas me impactaron de este viaje. La primera fue la alberca gigante del hotel donde nos hospedamos, con varios bares donde podíamos pedir bebidas mientras disfrutábamos de la vista al mar. Con una piña colada en mano, pensaba que estaba en el paraíso más bello del mundo. La otra parte del viaje que me conmovió fue el día que mis padres rentaron un auto y salimos de la zona turística para conocer ‘el verdadero México’. Mientras pasábamos por una calle de pequeñas casas, mi papá señaló la ausencia de cables de luz e intenté imaginar mi vida sin una televisión, sin un refrigerador, o sin una lámpara para leer antes de dormir. Lo más impresionante para mí fue cuando llegamos a una gasolinera para llenar el tanque antes de regresar al hotel. Un niño de mi edad, descalzo y sin playera, subió al auto para limpiar el parabrisas con un pedazo de periódico y nos quedamos viendo a los ojos. Ese día me di cuenta de la pobreza y la desigualdad que existe en el mundo. Me quedé con un sinfín de preguntas: ¿Dónde vivía ese niño? ¿Había una televisión en su casa? ¿Qué comía? ¿Iba a la escuela? ¿Tenía zapatos? ¿Qué hacía con el dinero que ganaba?

Mi interés en el español nació junto con mi inquietud por la desigualdad desde este distante encuentro con un niño trabajador en alguna zona rural del estado de Quintana Roo. A partir del segundo año de secundaria, tuve la oportunidad de estudiar el idioma formalmente. En el bachillerato seguí en las clases de español con la Srta. Johnson, una maestra muy dinámica y fácil de entender por su acento sureño. “Hoooolaaa claaaseee, ¿cómo estáaaaan?” nos preguntaba con una gran sonrisa al inicio de cada sesión, sus dientes inevitablemente manchados con labial. Con ella saqué excelentes calificaciones y cuando surgió la oportunidad de participar en un programa de intercambio con una escuela en Costa Rica, me apunté sin dudar en mis habilidades lingüísticas.

Esperaba el intercambio con ansias. Me imaginaba en una alberca tal como la del hotel en Cancún rodeada por latinos guapos, sin saber que la escuela se ubicaba en un pueblo

* Danielle Strickland is a full-time professor at the ITESO University in Guadalajara and coordinates the Inside-Out International Prison Exchange Program in Mexico. As a researcher and activist, she has focused on children's rights, street populations, the penitentiary system and social education. She is a member of the National System of Researchers (SNI) in Mexico, as well as the editorial board of the Mural newspaper in Guadalajara, president of AHALA Children's Rights foundation, and an academic advisor in the area of Security and Justice for the Citizens' Observatory Jalisco Cómo Vamos. danielle@iteso.mx

¹ Todos los nombres que aparecen sin apellido son ficticios.

del interior de Costa Rica donde la mayoría de la población se dedica a actividades agrícolas. Me tocó hospedarme en un rancho a media hora del poblado y jamás vi una alberca. Peor aún fue que los *ticos* (costarricenses) no hablaban tan claro y despacio como la Srta. Johnson. Me daba pena admitir que no les entendía y generalmente respondía ‘¿Ah sí?’ o ‘Claro que sí’ o ‘Está bien’, con una sonrisa nerviosa, esperando que no se dieran cuenta de lo perdida que estaba.

La casa de la familia Sánchez, donde me tocó quedarme, solo tenía dos recámaras, sala-comedor, cocina y un baño, pero el jardín era muy amplio. Allí vivían un joven de mi edad, Diego, sus padres y tres hermanas menores. Me dieron una cama en la segunda recámara donde dormía la hija más grande. Las dos más pequeñas pasaron a dormir con los papás y Diego se quedó en la sala. Había una radio y un teléfono, pero la luz se iba casi todas las tardes. Nos bañamos con agua fría que salía de una llave a la altura de mis rodillas y un vaso de plástico. En más de una ocasión el agua se acabó antes de quitarme el jabón, hasta que aprendí que solo debía abrir la llave al momento de enjuagarme.

Lo más parecido a la alberca de Cancún era un río lleno de ganado. Mi vida social era casi nula, pues no tenía contacto con mis compañeros de intercambio u otros estudiantes del bachillerato fuera del horario escolar. Durante la primera semana, cuando no estaba en la escuela, pasaba el tiempo en la cama, escuchando mi walkman y escribiendo en mi diario, extrañando a mi hermana y las comodidades de los Estados Unidos. Pronto me di cuenta de que no iba a poder salvar mis vacaciones de verano y regresar antes de la fecha programada; tenía muy poco dinero y no pensaba generar el gasto de una llamada internacional para la familia, pues, aunque no los entendía, eran muy amables. De esta forma, decidí aprovechar las próximas semanas y mejorar mi español, en preparación para el día que me encontraría en aquella alberca tropical, rodeada de latinos guapos.

Con el tiempo, comencé a comunicarme mejor y ver mi entorno con otros ojos. Me terminó encantando la cercanía de la familia, cómo los primos se juntaban a jugar a las escondidas y a atrapar luciérnagas por la noche, los paseos familiares en caballo por el rancho, la satisfacción con la sencillez de su vida, su felicidad. Admiraba cómo Diego nunca se quejaba por tener que dormir en la sala o por tener que levantarse tan temprano para ayudar a su padre con los animales antes de ir a la escuela; y admiraba a Sara, la hermana mayor, por apoyar a su mamá en la cocina todos los días sin que se lo tuviera que pedir.

La experiencia cambió mis valores como adolescente y complejizó mi preocupación por la desigualdad humana. Me di cuenta de que el dinero no compra la felicidad, ni resuelve todos los problemas, y hasta comencé a reconocer el dinero como la raíz de muchos conflictos.

Dos años después, fui a pasar un fin de semana con Carolina durante su primer semestre como estudiante en la misma universidad donde mis padres habían estudiado. Mis aspiraciones ya no se limitaban a tratar de seguirle el ritmo. Sin embargo, ella aún era mi mejor amiga y todavía la admiraba más que a cualquier otra persona. Nunca alcancé su promedio de calificaciones en la escuela, ni sus habilidades artísticas o musicales en las clases que tomamos juntas desde el kínder, pero a partir de mi experiencia en Costa Rica, comencé a abrir mi propio camino con mis inquietudes e intereses en temas humanitarios.

En cuanto llegué, mi hermana me llevó corriendo a su clase de Introducción a la Psicología, pero ya no había lugar en el auditorio. Tuvimos que pasar a un salón adjunto donde vimos el seminario dado por un asistente del profesor en una pantalla. Era la

temporada de las campañas del llamado ‘sistema griego’² y parecía ser aún más importante para Carolina y sus amigas entrar a la ‘hermandad’ de su elección que haber sido admitidas a la universidad el año anterior. Ella se esforzó mucho para que la pasara bien ese fin de semana. No obstante, volví a casa con el mismo entusiasmo respecto a mi ingreso a la universidad que el expresado por los *frat boys* cuando les había pedido cerveza la noche anterior.

Mis padres daban por hecho que yo iría a la misma universidad, pero no me podía imaginar allí. Además, estaba cansada de ser ‘la hermanita de Carolina’. Al enterarse de mis planes de dedicarme de lleno a mi profesión de mesera al graduarme de la prepa, mi maestra de inglés comenzó a compartir conmigo información sobre algunas universidades de artes liberales. Con su ayuda, encontré una escuela con aproximadamente 1,200 estudiantes rodeada por campos de maíz a unas seis horas del hogar de mis padres. Me gustó porque la mayoría del alumnado era vegetariano, igual que yo, y porque la clase más grande tenía 30 estudiantes, nada que ver con los seminarios introductorios de mi hermana. Sobre todo, lo que me convenció fue el programa de la carrera de Estudios Internacionales y el requisito de pasar por lo menos un semestre de intercambio en un país ‘en desarrollo’.

En la universidad, comencé a formarme como hippie. Me tatué un *Om* en mi espalda, compré tela para coser mi propia ropa, dirigí un grupo de meditación zen y me uní a Amnistía Internacional, Hábitat para la Humanidad y otros grupos activistas para aportar mi granito de arena a diversas luchas contra las injusticias y las desigualdades del mundo. A mediados de mi segundo año allí, asistí a la feria donde se exponían las ofertas de intercambios académicos y encontré un programa que consistía en 20 horas a la semana de clases en la universidad y 20 horas de trabajo voluntario con una ONG. Me inscribí por un semestre en la Universidad Autónoma de Guadalajara (UAG) de México, y por otro en la Universidad San Francisco (USF) de Quito, Ecuador.

A llegar a Guadalajara en agosto de 2000, volví a toparme con la desigualdad, tal como me había pasado 12 años antes al otro lado del país. El primer modismo mexicano que aprendí fue ‘fresa’ y lo usé constantemente para describir mis compañeros de la alta sociedad en la UAG. Aparte de los estudiantes de intercambio, no tenía ninguna amistad en la universidad donde tomaba clases cada mañana. Después de comer, iba en autobús al centro de Guadalajara para hacer mi trabajo voluntario con una organización que apoyaba a niños trabajadores. En la Plaza Tapatía daba clases de alfabetización, brincaba la soga y jugaba fútbol con niños parecidos al pequeño que había limpiado el parabrisas del auto que rentamos en Cancún. Hice buenas amistades con los educadores de la organización, así como los vendedores de la plaza y otros hippies de la zona.

El siguiente semestre tuve una experiencia parecida en Quito. Pero en lugar de ‘fresas’, la USF estaba llena de ‘plásticos’ (modismo ecuatoriano que remite a las cirugías plásticas tan de moda entre la clase alta del país). Nuevamente, me juntaba con puros estudiantes extranjeros y luego con activistas de pueblos originarios, inscriptos en la Universidad Católica, donde las clases llevaban dos años suspendidas debido a huelgas y protestas por parte de los estudiantes y profesores. Gracias a estas amistades, comencé a ver al gobierno de los Estados Unidos con ojos críticos y cuestionar si realmente era el mejor país del mundo, como siempre me habían enseñado. Dividí mis 20 horas semanales de trabajo voluntario entre dos organizaciones, una casa hogar para los hijos de personas privadas de su

² Las *fraternities* o ‘*frats*’ para hombres y las *sororities* para mujeres son organizaciones estudiantiles en las universidades de los Estados Unidos de membresía selectiva con nombres de dos o tres letras del alfabeto griego. Se dedican a diversas actividades filantrópicas, culturales y académicas, pero las más populares también dominan la vida social del campus, principalmente mediante la organización de fiestas con alcohol gratis.

libertad (PPL) y un proyecto de trabajo de calle donde íbamos a dar clases a los niños de varias familias recolectoras de basura en asentamientos irregulares alrededor de la ciudad. El recordatorio diario de la extrema desigualdad, pasando la mañana con ‘plásticos’ y la tarde con ‘pepenadores’ me inquietó aún más.

Después del año en Latinoamérica, regresé a los campos de milpa del medio oeste de los Estados Unidos convencida que mi llamada para esta vida era ser educadora de calle. Veía la universidad como una burbuja cómoda, llena de gente inteligente, pero demasiado lejana de los ‘problemas reales’ del mundo. Ya no me satisfacía escribir cartas para los presos políticos en la lista de Amnistía Internacional. Quería estar en las primeras filas de los movimientos contrahegemónicos de Latinoamérica.

Durante mis últimos dos semestres, hice lo posible para no perder contacto con lo que me había conmovido tanto el año anterior. En lugar de la clase de literatura española avanzada, realicé un estudio independiente con una organización en Columbus, Ohio que apoya a personas migrantes y refugiadas. Ayudé en la procuración de fondos con la redacción de proyectos, pero lo que más me gustó fue apoyar a la trabajadora social a cargo de los casos de Latinoamérica. Conocí historias llenas de injusticias hacia los migrantes y sus familias y seguí desarrollando mi crítica hacia el gobierno y la cultura estadounidense. Me hice amiga de Alma, una salvadoreña de mi edad que había huido de su país tras el asesinato de su esposo por miembros de la Mara Salvatrucha. En el camino fue violada por otros Maras. Quedó infectada de VIH y embarazada con gemelas, quienes ya tenían un año de edad cuando las conocí. A pesar de que Alma había entrado al país legalmente, estaba en riesgo de ser deportada porque, según el gobierno de los Estados Unidos, El Salvador ya era lo suficientemente estable como para que regresaran todos los refugiados.

Al mismo tiempo, en preparación para mi futura profesión, me dediqué a escribir una tesis sobre proyectos de educación con niños ‘en’ y ‘de’ las calles en Latinoamérica. Entre más me apasionaba por las pedagogías críticas ‘del sur’, más alejada me sentía de mi hermana y del resto de mi familia. Desde mi visión del mundo –un tanto simplista y binaria– ellos entraban en la categoría de ‘capitalistas privilegiados del norte’. Carolina me visitó varias veces en la universidad y hasta pasó una semana conmigo en Guadalajara, pero ya no éramos tan cercanas. Compartíamos la misma indignación por la desigualdad social, pero el principal interés de mi hermana era la fiesta, la cual dominaba nuestro tiempo juntas. Yo especulaba que quizá Carolina quería refugiarse en el alcohol y las drogas para escapar de las presiones por siempre ser ‘la mejor’, pero la creciente distancia entre nosotras no me permitió ver la gravedad del problema.

Al terminar la licenciatura, acepté un puesto pagado en la ONG de Columbus para juntar un poco de dinero y volver al sur. El 12 de septiembre de 2002, con una mochila de campismo, abordé un avión a Guadalajara. El distanciamiento geográfico facilitaba mi negación del problema de mi hermana y cómo había empezado a destruir nuestra familia. Como educadora de calle, estaba ayudando a gente realmente necesitada, me decía, ni porqué invertir tiempo en mi propia familia, rodeada de comodidades y recursos en el país más rico del mundo. Con esta mentalidad pasé la década siguiente, construyendo una bella vida en la ‘Perla Tapatía’, cada vez más alejada de mis raíces y mi familia.

En febrero de 2013 fui con mi pareja, Pablo, y otros amigos a acampar a las montañas al sur de la ciudad. El pretexto del viaje fue para celebrar el trabajo que yo iba a empezar como académica en una universidad federal la siguiente semana. Sería mi primer empleo en educación superior, seis meses después de haberme titulado como doctora en ciencias sociales.

Después de 48 horas de cotorreo, temazcales, fogatas, pajaretes y caminatas en la naturaleza, volvimos a casa el domingo en la noche. Prendí mi laptop y encontré una serie de llamadas perdidas de mis padres en Skype. Pablo había subido a la recámara para ver la tele cuando les devolví la llamada. Las primeras palabras de la boca de mi mamá fueron, “¿Estás sola? ¿Hay alguien allí contigo?” “Está Pablo arriba, ¿por qué?” “Está muerta tu hermana,” interpuso mi papá. No recuerdo el resto de la llamada, solo recuerdo estar en shock y que subí a que Pablo me abrazara mientras lloraba desconsoladamente.

Desde su entrada a la universidad, Carolina consumía más y más alcohol y drogas. Tal vez ése era su escape. Tal vez lo académico era tan fácil para ella que se consumía en el aburrimiento, o tal vez simplemente buscaba sentirse como los demás jóvenes y olvidar las etiquetas asociadas con sus habilidades sobresalientes. Las reuniones familiares, sofocadas por la negación de la severidad del problema y la falsa esperanza de hacer memorias felices, se redujeron a una vez al año. La última vez que intenté hablar con Carolina sobre sus adicciones fue después de la cena navideña del 2003 y me dejó con un ojo morado. Las pocas ocasiones que traté de abrir el tema con mis padres me respondieron con algún comentario sobre la rivalidad entre hermanas y sentí de nuevo el agujón de inferioridad que me picó a lo largo de mi infancia. Odiaba las visitas familiares.

Hablaba poco con mi hermana desde que me había golpeado, aunque frecuentemente ella buscaba comunicarse conmigo. Yo decía que estaba aplicando *tough love* (amor ‘duro’) y que mis padres debían hacer lo mismo; pero quizá fue el resentimiento, más que el amor, lo que obstruyó los últimos años de nuestra relación. Lo que sí sé, es que la juzgaba y también juzgaba a mis padres. La distancia geográfica me permitía enterrar el resentimiento hacia ellos por negar el problema de adicción junto con la sensación de inferioridad que me había acompañado desde siempre. No tenía que pensar en ellos más que los domingos cuando recibía su llamada semanal. Con la muerte de mi hermana, sin embargo, resurgió el dolor con una erupción de emociones que no podía ubicar ni controlar.

En la madrugada del día anterior a que yo saliera de campamento a celebrar mi nuevo trabajo, en un callejón de una de las ciudades más violentas de los Estados Unidos, balearon y luego quemaron los cuerpos de mi hermana y su exnovio. Mientras ayudaba a mis padres a limpiar la casa de Carolina la siguiente semana, creció mi rencor hacia mi madre cada vez que venía la policía para platicar sobre el caso y ella pedía que yo saliera para no escuchar la conversación. ¿Pensaba que no sabía en qué andaba mi hermana? ¿O tenía miedo de que le iba a decir ‘te lo dije’?

Nuevamente, guardaba el dolor y el resentimiento, mientras contaba los días para volver ‘a casa’. También estaba enojada conmigo misma. Había perdido la oportunidad de sanar mi relación con Carolina en persona. Me llené de remordimiento, tristeza e impotencia, mientras buscaba culpar a alguien más. Lo más fácil era amontonar todo el dolor y asociarlo con la precaria relación familiar que permanecía.

La manera en que fui excluida de la investigación policíaca, junto con la distancia, fomentaron un aislamiento que facilitó el entierro de mis emociones. Ocho meses después de su muerte, me embaracé por primera vez y mi vida se llenó con distracciones. Tardaría casi cinco años más, hasta que conociera la autoetnografía, para comenzar a reconocer ese dolor y poder pensar a través de él.

* * *

Tres años antes de la muerte de mi hermana, Juan Carlos, un participante en mi investigación doctoral con jóvenes callejeros de la Ciudad de México (CDMX), me llevó a conocer el

mundo penitenciario mexicano. El 11 de febrero de 2010, él fue detenido en la zona de Garibaldi por robo agravado. Estuve casi dos meses pidiendo ayuda a los educadores de calle que iban a las prisiones de la CDMX para poder visitarlo en el Reclusorio Preventivo Varonil Norte (RPVN). Finalmente me desesperé y me presenté sola. Sesenta pesos de ‘mordidas’ me abrieron las puertas al RPVN ese día. Gracias a las historias que me contó Juan Carlos durante mi primera visita con él tras las rejas, supe que quería profundizar mi investigación en los reclusorios como parte del ‘circuito de desplazamiento callejero’, es decir, como uno de los espacios que muchos jóvenes frecuentan a lo largo de su trayectoria callejera.

Volví unos días después y mencioné el nombre del custodio que me había ayudado a entrar la primera vez, ajena al hecho que se llamaba igual que el director general del RPVN. De pronto me encontré bajo miradas suspicaces en las oficinas administrativas del penal. Sin saber qué decir, mencioné mi amistad con la Dra. Elena Azaola. En realidad, ella solo había comentado mis avances de tesis e intercambiado un par de correos conmigo, pero al escuchar el nombre de una de las académicas más reconocidas por sus investigaciones en el sistema penitenciario mexicano el director sonrió y me ofreció un café. Expliqué un poco sobre mi investigación con las poblaciones callejeras y aproveché la oportunidad, y mi ‘privilegio’ como académica extranjera, para preguntar si podía dar una clase para prisioneros con trayectorias de calle como parte de mi investigación. De inmediato, el director mandó llamar al coordinador de la escuela. “Ayúdale a la maestra con lo que necesite para su clase y su estudio,” le dijo.

Diseñé un curso llamado Identidad Callejera en el que buscaba analizar las historias de vida de mis estudiantes a través de la teoría de la resiliencia. Conseguí permiso para entrar con una grabadora, y después de cada sesión invitaba a un alumno diferente a comer y contarme su historia en una sesión de ‘testimonios y tortas’. Casi todos referían al reclusorio como la ‘universidad del crimen’ y con cada entrevista me quedé más asombrada por la abundancia de corrupción, violencia y drogas en el sistema de ‘reinserción social’.³

Al mismo tiempo, me encantaba el interés y el compromiso de los alumnos. La limitada oferta educativa en el reclusorio les hacía especialmente agradecidos por la oportunidad de estudiar, y el nivel de participación de todo el grupo era excelente por el hecho de que no había celulares, laptops u otros distractores en el aula. Al terminar el curso, me quedé con ganas de seguir trabajando en el sistema penitenciario, aunque sabía que mi camino apuntaba más hacia la torre de marfil universitaria que al panóptico de la universidad del crimen.

Poco después de doctorarme, en septiembre de 2012, asistí al *Annual Global Gathering* de la Fundación Fetzer⁴ en Asís, Italia, para presentar el documental *Cuando la casa es la calle*, que se grabó con la novia de Juan Carlos y otros jóvenes que participaron en mi investigación en la CDMX. A lo largo de una semana, 250 activistas y líderes de alrededor del planeta compartieron sus proyectos dialogando sobre cómo promover el amor, la compasión y el perdón en el mundo. Fue allí donde conocí a Lori Pompa, fundadora y

³ Algunas de sus historias se incluyen en el libro *Las interfaces callejeras: Logros, desafíos y oportunidades para las organizaciones de la sociedad civil* (Strickland, 2015).

⁴ *The Fetzer Institute* invierte millones de dólares cada año en proyectos alrededor del planeta con la misión de ayudar a construir los cimientos espirituales para un mundo más pacífico.

directora del *Inside-Out International Prison Exchange Program*.⁵ Cuando Lori me platicó de *Inside-Out*, me pareció la oportunidad perfecta para integrar mis ganas de seguir trabajando en cárcel con la carrera que esperaba iniciar como académica. “Solo déjame conseguir un trabajo como profesora y te busco...”

* * *

Durante las dos semanas que estuve ayudando a mis padres a desocupar la casa de Carolina, resurgieron las mismas emociones de las que había intentado deshacerme mudándome a Guadalajara una década antes, ahora con un dolor intensificado por la pérdida de mi hermana. Volví a la ‘Perla Tapatía’, ansiosa por ‘superarlo’ y agradecida de que me hubieran guardado la vacante en la universidad. Al final de mi primer mes allí, presenté una propuesta para implementar *Inside-Out* como un curso optativo de licenciatura. El director de la universidad y la encargada del reclusorio femenino estatal estaban tan entusiasmados con la propuesta que pidieron que empezara a la mayor brevedad posible. El siguiente semestre, *Inside-Out* me becó para certificarme como profesora del programa e implementarlo por primera vez en Latinoamérica.

Después de facilitar tres cursos en el Femenil, me invitaron a llevar el programa a otro centro recién abierto en el mismo complejo penitenciario. Inaugurado en febrero de 2013 con una inversión inicial de 1,700 millones de pesos, el Reclusorio Metropolitano sigue siendo el más moderno y más costoso del estado de Jalisco. Se construyó con el propósito de disminuir la sobrepoblación de las otras prisiones estatales y separar a la población vinculada con el crimen organizado del resto de los presos (Jiménez y Strickland, 2018).

Según el Director de Prevención y Reinserción Social del Estado de Jalisco, la población del Reclusorio Metropolitano en 2019 se conformaba por miembros de al menos 14 grupos diferentes del crimen organizado. Además, es el único centro penitenciario en el estado acreditado por la *American Correctional Association* (ACA), con el cumplimiento de 137 normas internacionales. Sospecho que fue por su interés en lograr esta acreditación que me pidieron implementar *Inside-Out* allí. Al aceptar la invitación, nuevamente estaba sacando provecho del privilegio de mis raíces.

Siendo que la gran mayoría de estudiantes de la licenciatura donde daba clases eran mujeres, en los cursos del Femenil se logró un fuerte sentido de sororidad. Las lágrimas y risas fluyeron en un espacio seguro que construimos en colectivo, al comprendernos como madres, parejas, víctimas de acoso sexual y guerreras contra el patriarcado. Entonces, ¿por qué decidí dejarlas para trabajar con hombres acusados de violaciones, homicidios y secuestros? Sin duda, tenía curiosidad por conocer este nuevo centro de alta seguridad, pero mi decisión también tenía que ver con la pérdida de mi hermana.

* * *

Desde la muerte de Carolina, me había apasionado por el tema de la justicia restaurativa y soñaba, literalmente, con la oportunidad de conocer a la persona que la había quitado la vida. En vez de enfrentar el resentimiento hacia mis padres, esperaba ‘superar’ el dolor que cargaba perdonando al ‘asesino’. Es decir, sabía que mi proceso de sanación

⁵ *Inside-Out* es un modelo de educación superior que busca promover el pensamiento crítico y reducir barreras de exclusión social. El programa combina la educación formal con una experiencia de intercambio socio-pedagógico entre estudiantes universitarios y personas privadas de su libertad, quienes conviven como compañeros de aula y estudio dentro de un centro penitenciario. Para más información sobre *Inside-Out*, consultar: <http://www.insideoutcenter.org/espanol-inicio.html>.

requería perdonar a alguien y aún no estaba lista para perdonar a mis padres. Aunque no lo reconocí al momento de aceptar la invitación de mudarme del Femenil al Metropolitano, buscaba desplazar ese mismo perdón que no podía otorgar a mis padres hacia una persona que había quitado la vida a la hermana de alguien más.

Ese interés creció en la capacitación para profesores de *Inside-Out*, donde conocí a Kempis Songster (Ghani), un instructor de yoga, vegano, privado de su libertad en la prisión de Graterford, cerca de Filadelfia. Su historia me recordó a Juan Carlos. A los 15 años, junto con otro menor de edad, Ghani fue sentenciado a una condena perpetua por haber matado a Anjo Price, de 17 años, en una disputa dentro de una casa de crack fortificada, controlada por la banda de narcotraficantes que empleaba a los tres jóvenes.

Décadas después, con la oportunidad de reducir su condena perpetua a una sentencia de 30 años, el padre y la hermana de Anjo volaron de Texas a Filadelfia para el juicio. "Lo siento mucho," dijo Ghani. "Estoy profundamente arrepentido por las cosas que he hecho. Lo último que quiero es que Anjo Pryce sea olvidado". "Le creo, señor," Toshira Pryce, la hermana de Anjo, respondió en voz baja, mientras Ghani se disculpaba una y otra vez por lo que había hecho, rogándoles alguna forma de hacer las paces, describiendo cómo había imaginado, durante mucho tiempo, esta oportunidad de hablar con el padre de Anjo (Rosenberg, 2017).

Yo soñaba con conocer la violencia detrás de la violencia infligida a mi hermana. Seguramente escuchar otra historia como la de Ghani o la de Juan Carlos me permitiría comprender el crimen y, así, poder perdonar a la persona que lo cometió. Sin embargo, medio año después del asesinato, el comandante a cargo del caso llamó a mi madre para decirle que alguien había matado a los dos sospechosos primarios, unos hermanos de veintitantos años. En 2013, la ciudad donde fue asesinada Carolina era una de las cuatro ciudades estadounidenses con más homicidios, lo que explica, en parte, la presión para cerrar el caso. Una amiga de mi hermana me contactó por Facebook para decirme que estos hermanos no la habían matado, que ella sabía quién había sido y ya les había dicho a mis padres y a la policía. Nada cambió. Sin consultarme, mis padres concedieron a concluir la investigación.

El fuego de rencor se encendió una vez más al pensar que no tendría la misma oportunidad que tuvo Toshira Pryce. Además, tenía otra justificación para distanciarme de mis padres, pues nuevamente me habían excluido del caso. Ahora me doy cuenta de que nunca pensé en su duelo por perder a su hija y menos en cómo yo contribuí a su dolor al excluirlas más y más de mi vida.

* * *

Impartí la primera clase de *Inside-Out* en el Metropolitano en la primavera de 2017 y me quedé fascinada por la transformación que viví —como docente, como ciudadana en una sociedad dominada por la inseguridad y la impunidad, como alguien que había perdido a su hermana en un asesinato brutal— al convivir con un grupo de hombres acusados de crímenes graves. Además, noté una transformación que no esperaba ver en los estudiantes internos, que a su vez me hizo reconocer los estereotipos que yo cargaba en torno a las personas afiliadas con el crimen organizado. No lloramos juntos, como solía pasar en los cursos del Femenil, pero como un estudiante interno resumió al final del semestre, se logró “mover el escombro”. Considerando las masculinidades asociadas a la cultura del crimen organizado y al narco (Gutiérrez, 2019) para mí, como profesora, la respuesta fue igual de satisfactoria que la efusión de emociones entre las mujeres del Femenil.

Fue al final de mi segundo semestre en el Metropolitano, en la ceremonia de clausura del Diplomado en Crimen, Justicia e Inclusión Social, que los alumnos presentaron la propuesta para crear una revista penitenciaria.⁶ A unos días del cambio de administración estatal, con algunos medios de comunicación en el evento, la solicitud fue aprobada por la entonces llamada Fiscalía de Reinserción Social de Jalisco.⁷ Aproveché la autorización para responder al interés de varios estudiantes de este grupo, así como de las generaciones anteriores, de seguir con el programa. Con 15 de ellos, en enero de 2018, arrancó el ‘Seminario permanente de narrativas’.

Buscamos continuar con el espacio de encuentro entre ‘los de adentro’ y ‘los de afuera’ para analizar temas relacionados con las violencias y el crimen organizado. Además, procuramos alzar las voces de adentro mediante las voces de los estudiantes externos y profesores invitados al seminario, y con la publicación de narrativas en la nueva revista penitenciaria *Rompemuros* que busca ‘humanizar’ el imaginario en torno al crimen organizado.

Tal como había soñado hacer con la persona que mató a mi hermana, he tenido la oportunidad de conocer las violencias tras los crímenes por las cuales estos hombres están encarcelados. Sus historias y sus comentarios me han ayudado a responder a las preguntas que había preparado para la experiencia de justicia restaurativa que nunca tuve: ¿Qué tipos de violencia experimentaron como niños? ¿Cómo llegaron a asesinar? Si pudieran cambiar sus historias, ¿qué harían diferente? De esta manera, dejé de querer confrontar al sujeto que quitó la vida a mi hermana.

En mis primeras semanas dando clase en el Metropolitano, reconocí cierta bondad en cada miembro del grupo. A pesar de vivir de lados opuestos de la muralla de la prisión, yo con la etiqueta de ‘víctima’ y ellos con la de ‘sicario’, comencé a identificar semejanzas en nuestras trayectorias. Sentí empatía e indignación al escuchar las historias de detención e ingreso al reclusorio que, para casi todos, iniciaron como lo relata Eduardo⁸:

El tercer día [después de que me detuvieron], llegué a un lugar llamado Arraigo, que no era otra cosa que una casa tipo Infonavit donde habitaban alrededor de 50 personas...Desde allí empecé a vivir en un encierro corporal, porque debido a mi estado emocional no tenía dimensión de lo que estaba pasando...en dos o tres ocasiones, tuve la sensación de una especie de claustrofobia...en ese lugar estuve 28 días, entre interrogatorios, rosarios y música los fines de semana, ya que enfrente está un lugar que se llama La Penca, donde hubo fiesta a partir del viernes. Todo el tiempo fue terror, por el motivo de que a diario llegaban las diferentes agencias para “interrogatorios” y todos queriéndonos esconder uno tras de otro en un cuarto cuadrado de 3x3mts.

A pesar de la tortura, para algunas personas, como Ricardo, la esperanza de salir pronto dura un poco más:

Llegó el primer día de mi visita y entró mi esposa con mis dos hijos y todavía todo parecía normal, aún no era mucho tiempo, mis hijos en la escuela, mi esposa

⁶ Hay un reportaje de la ceremonia disponible en

https://www.youtube.com/results?search_query=diplomado+rompe+estigmas+metropolitano.

⁷ Al inicio de 2019, hubo una reorganización del sistema de seguridad del estado de Jalisco y los centros penitenciarios quedaron a cargo de la Dirección de Prevención y Reinserción Social como parte de la Secretaría de Seguridad.

⁸ Las citas referenciadas con un solo nombre de aquí en adelante son de estudiantes del seminario de narrativas en el Reclusorio Metropolitano. En estos casos, son sus nombres reales y generalmente vienen de sus narrativas publicadas en *Rompemuros*, disponibles en www.rompemuros.mx.

con nuestro negocio de tintorería y planchaduría, todo era normal y con tres abogados peleando mi caso, todo estaba tranquilo. Así pasó alrededor de seis meses, cuando de repente, comienzo desesperadamente a pelear con mis abogados que habían prometido conseguir mi libertad pronta por la cantidad de \$400 mil pesos, ya que mi esposa había dado la mitad \$200 mil y la otra mitad sería al salir del penal, entonces los abogados lograron conseguir una sentencia de 12 años cuando mi sentencia era de 20 años, por homicidio.

Regresó un poco la calma a mi vida y los abogados decían que en tan solo 4 o 6 meses más quedaría libre. Cuando firmé mi sentencia de 12 años, mi abogado dijo que necesitaba 100 mil más para gastos y honorarios y decidí dárselos... pero a los días me llevaron al juzgado y me dijeron que el ministerio público había apelado mi reducción de pena. Cuando me regresé a mi celda, tomé una tarjeta de teléfono y llamé a mis abogados y no me contestaban, le marqué a mi esposa y le dije lo que me había pasado y en varios días el abogado seguía sin contestar, lo buscamos en su despacho y en otros lugares en donde podría estar y no lo encontramos. Pasó un mes y nada, me volvía loco y no sabía qué hacer, me asesoraba con otros abogados y me cobraban de nuevo, unos 300 mil y otros 400 o 500 mil por mi caso, y yo no sabía qué hacer, ya no tenía esa cantidad en mis manos...comenzamos a buscar ayuda con mis hermanos y otros amigos que tenían conocidos trabajando en el gobierno.

La imposibilidad de estar cerca de nuestras familias, sea por la muerte, por no perdonar o por estar encarcelados, genera el mismo dolor en nosotros. A pesar de que Ricardo y sus compañeros quieren estar con sus familias mientras yo sigo rehuyendo de la mía, el reconocimiento de nuestros errores, y el dolor que genera, de alguna forma nos une. Compartimos la culpa, con rasgos particulares para cada quien. En mi caso, han pasado casi 20 años desde que dejé a mi familia bajo el pretexto de luchar contra la desigualdad y ayudar a ‘los pobres’. Sentir empatía y amor por los niños en situación de calle y los adultos con condenas que les llevarán de la prisión al cementerio es mucho más fácil que abrirme a los sentimientos de culpa y rencor hacia mi propia familia.

En 2019, conocí la teoría de aprendizaje transformativo, la cual explica con claridad lo que hemos experimentado en este grupo. Según McWhinney y Markos, iniciar la transformación implica "...tirar la historia de vida de uno para que su equipaje no bloquee la autoconsciencia ni inhiba la conversación con otros. La desnudez resultante permite a todos unirse para crear una comunidad de buscadores" (2003, p. 26). En el Metropolitano, solo soy ‘Dani’. Junto con los apellidos y nuestros celulares, dejamos los títulos profesionales, los números de los prisioneros y otras etiquetas fuera del salón de clases.

Tres años después de mi llegada al Metropolitano, la mayoría de las sesiones se dedican a la construcción de una visión solidaria, sin tanto debate. No obstante, en ocasiones todavía me siento externa al colectivo que hemos creado. Aún hay temas que me recuerdan de las grandes diferencias en nuestras historias de formación y aprendizajes. Por ejemplo, al leer *Narcoperiodismo* de Javier Valdez (2016) me sorprendió cómo varios alumnos argumentaron que los periodistas asesinados “buscaron la muerte”. “Bien sabían que estaban metiéndose en asuntos privados,” dijo uno. “Hay unos que se dejan comprar por otro cartel o el propio gobierno y comienzan a publicar puras notas en contra de la banda. ¿Qué esperan?”, agregó otro. Con la creciente empatía del grupo, había dejado de relacionar la desvaloración de la vida humana con estos compañeros. En un grupo tan unido, ¿cómo podría haber una brecha tan ancha entre nuestras opiniones sobre algo tan relevante?

En otra ocasión leímos un texto de Elizabeth Prado (2018) sobre migrantes centroamericanos y hablamos de cómo las teorías de la violencia en relación al crimen organizado en México se complejizan con las masacres de los migrantes. Abro la discusión diciendo, “Nuestro gobernador intenta minimizar las debilidades de los sistemas de seguridad y justicia diciendo que son ‘delincuentes matándose entre sí’, pero ni cómo aplicar este argumento cuando asesinan a docenas de personas que simplemente iban de paso hacia los Estados Unidos...” “No crees que todos van por el sueño americano, son cabrones,” responde un compañero. “Son los más traidores, no puedes confiar en ellos,” dice otro.

Al escucharlos, recuerdo el asesinato de mi hermana e intento no perder el sentido de empatía que he construido con el grupo. Me pregunto cómo el valor que cada quien da a la vida se relaciona con su espiritualidad y sus creencias sobre qué pasa cuando se muere. Mi hermana tenía una licenciatura en estudios en religión y no temía a la muerte. Unas semanas después de su asesinato, soñé con ella y me dijo que era su momento de irse y que estaba mejor ‘trabajando desde el otro lado’. Al creer esto me es más fácil convivir con personas que han matado a otras, aunque no muestren el mismo remordimiento que Ghani.

Mi esfuerzo para entender estos comentarios que tanto me perturban, me ha llevado a profundizar mi indagación sobre cómo las diversas violencias físicas, estructurales y simbólicas fomentan la inseguridad y los miles de asesinatos que ocurren cada mes.⁹ Además, me ha llevado a salir de la zona de confort que comparto con estimados colegas abolicionistas y reconocer la responsabilidad individual en muchos crímenes, así como la poca probabilidad de que mis estudiantes del Metropolitano dejen de trabajar para el cartel cuando salgan de la prisión.

Sin embargo, al juzgar los actos violentos, no puedo negar mi posición de ‘privilegio pacífico’, con amistades y relaciones familiares que gozan de amor, comprensión y compasión. *¿Cómo será ser educado a golpes? ¿Cómo será vivir en un hogar con armas de fuego? ¿Cómo es posible que hombres criados así sientan más amor para sus padres que yo? ¿Por qué me es más fácil perdonar un asesinato que genera infinito dolor en innumerables personas que perdonar a mis padres por lastimarme sin querer?*

Aunque los comentarios sobre los reporteros y los migrantes no lograron convencerme de la justificación de ningún homicidio, me llevaron a reconocer la tendencia que aún surge en mí a pensar a los pobres del sur como ‘víctimas’, romantizando las resistencias de los grupos marginados, y a juzgar a los ‘ricos del norte’ (como mis propios padres) como culpables por la desigualdad y las injusticias del mundo. Siento una conexión con las palabras de Jorge: “He cultivado de forma más profunda una tolerancia que me libera en un alto porcentaje del prejuicio. Esta experiencia fue de gran valor motivacional y me llenó de energía para continuar adelante en esta travesía porque ahora sé que no todo es oscuro.” Según Mackay y Tymon (2013), la práctica de cuestionar nuestras suposiciones fomenta el aprendizaje de nivel más profundo. Convivir con este grupo me permite reconocer mis prejuicios y suposiciones continuamente, dándome acceso a nuevos horizontes para seguir creciendo.

Comparto el sentimiento que Fernando describe al embarcar en este viaje:

Iniciando el proyecto...rápido me puse optimista haciendo posible que, junto con mis compañeros de reclusión y ese gran equipo de jóvenes de instituciones educativas, con mentes e ideas frescas...juntos descubrimos el método que invita

⁹ Fue justamente ése el tema de mi investigación posdoctoral (Strickland, 2019).

a llegar más lejos, descubrimos algo de bueno ahí dentro de nosotros, una Nueva Visión de ver la vida, con habilidades que estaban dormidas...eso da vida.

Los que conformamos el grupo, seguimos apasionados con la constante construcción de esta Nueva Visión y la transformación personal que viene con ella. Y, finalmente, comparto el sentimiento de Pedro cuando dice que recuperó “una parte de lo humano que había perdido.”

Nos encontramos en un proceso de análisis continuo de cuestiones internas y externas que nos afectan, como individuos y en colectivo. Es desde una perspectiva sentipensante que nos abrimos a la transformación, escuchando los comentarios que vienen del otro lado de la muralla, de personas con trayectorias y etiquetas tan distintas a las nuestras que nos sorprende coincidir emocionalmente con ellas. Estas sincronidades nos unen y, de alguna forma, contribuyen a la reconstrucción del tejido social, eliminando las etiquetas de ‘víctima’ y ‘víctimario’. ¿Cómo es posible sentir tanta empatía con estos hombres mientras tengo tanto temor a llegar más allá de una conversación superficial con mis propios padres? ¿Qué otras violencias son invisibles para mí?

Siete años después del asesinato de Carolina, las sesiones de convivencia semanal en el Metropolitano me han llevado a cierto nivel de paz interior. Pienso en el hombre que quitó la vida de mi hermana no como un ‘asesino’, sino como un ser humano con una historia. ¿Cómo fue su infancia? ¿Cómo era su familia, su barrio? ¿Qué creencias espirituales tendrá? ¿Qué pasó en su vida que le llevó a poder matar a mi hermana? No tendré respuestas a estas preguntas. Tampoco sé si la historia de vida detrás del asesinato de mi hermana es similar a las que se publican en *Rompemuros*, pero sí sé que hay otras violencias detrás de la violencia.

Cuando aparece mi hermana en mis sueños ahora me despierto con una sonrisa. A veces siento que me acompaña, que realmente está ‘trabajando del otro lado’ y que, de alguna forma, somos un equipo, luchando contra los estigmas, el racismo y los prejuicios. Ella era así: el color de piel, el nivel educativo, las capacidades físicas o mentales, nada de eso le importaba a Carolina. Era ‘amiga de todos’, que es el significado del nombre de mi primera hija, Dakota.

Referencias

- Gutiérrez Orozco, P.O. (2019). *Autorretrato hablado. Hombres jóvenes y delitos de alto impacto en México: un estudio sobre masculinidad y trayectorias delictivas*. Tesis para obtener el grado de doctor en Ciencias Sociales de la Universidad de Guadalajara.
- Jiménez, J. I. y Strickland, R. D. (ene 2018). ¿Empoderamiento o desempoderamiento? Los efectos del *Inside-Out Prison Exchange Program* en México. *Diálogos sobre Educación*, 16(9), 1-20. doi:10.32870/dse.v0i16.396.
- Mackay, M. y Tymon, A. (2013). Working with uncertainty to support the teaching of critical reflection. *Teaching in Higher Education*, 18(6), 643–655. doi:10.1080/13562517.2013.774355
- McWhinney, W. y Markos, L. (2003). Transformative Education. Across the Threshold. *Journal of Transformative Education* 1 (1). January 2003, 16-37. doi:10.1177/1541344603252099.
- Prado Pérez, R. E. (2018). “El entramado de violencias en el Triángulo Norte Centroamericano y las maras.” *Sociológica*, 33(93), 213-246.
- Rosenberg, A. (July 24, 2017). “After a ‘powerful’ hearing 3 decades later, juvenile lifer Strongster eligible for parole”, *The Philadelphia Inquirer*. <https://www.inquirer.com/philly/news/breaking/kempis-songster-juvenile-lifer-jlwop-anjo-pryce-20170724.html>
- Strickland, D. (2015). *Las interfaces callejeras: Logros, desafíos y oportunidades para las organizaciones de la sociedad civil*. México: CEMEFI.
- Strickland, D. (2019). *Jóvenes, violencia y miedo. La (in)seguridad en el Cerro del Cuatro*. Zapopan: El Colegio de Jalisco.
- Valdez, J. (2016). *Narcoperiodismo: La prensa en medio del crimen y la denuncia*. México: Aguilar.